

Bajo la puerta del reino

Capítulo primero

La azulada luz de un rayo rasgó sin piedad la incipiente oscuridad de aquel turbio anochecer. Antes de poder oír el ruido de las gotas de lluvia golpear contra el techo de aquella choza desvencijada, se escuchó a lo lejos el sonido de un trueno amenazador. Fue entonces cuando en su interior, el alma perdida de un hombre desencajado, que como una marioneta sin hilos yacía en el suelo, empezó a volver a su ser. Sus dedos, y luego las manos, comenzaron a moverse, torpes al principio, pero más seguras después. Poco a poco, fue consiguiendo casi todo el control de sus miembros.

—¡Qué dolor de cabeza! —exclamó aquella figura acercándose las manos a la frente mientras mantenía los ojos cerrados. Sus párpados permanecían sellados, parecían pegados por el dolor.

Como si tuviera clavado un hierro al rojo vivo, un dolor intenso le taladraba el cerebro de sien a sien, a la vez que encima de los ojos la presión en el interior de su cabeza era tan fuerte que parecía que iba a estallarle. Con gran esfuerzo consiguió abrir los ojos para darse cuenta de la viscosa oscuridad que le rodeaba.

—¿Pero, dónde estoy? —se preguntó angustiado—. ¿Y Almudena? —susurró—. ¡Almudena!, ¡Almudena! —comenzó a decir en voz alta, con angustia en el corazón, sin obtener contestación alguna. Solo el ruido de los truenos, a lo lejos, fue su respuesta.

Desconsolado por la ausencia de réplica, intentó descubrir dónde estaba.

Sus ojos eran incapaces de vislumbrar siquiera dónde se hallaba, solo percibía, a través de sus fosas nasales, la intensa humedad del recinto y el ruido de la lluvia al golpear con fuerza el techo que tenía encima. No recordaba ni cuándo, ni cómo había llegado allí, y mucho menos nada de lo ocurrido en las últimas horas o días, ya que ignoraba hasta la realidad del momento. Al darse cuenta de aquello, un sudor helador le invadió todo el cuerpo, a pesar del frío, dejando su piel humedecida y pegajosa. Producto de la incertidumbre en la que estaba inmerso, un latigazo le recorrió toda la columna de arriba abajo.

«¿Qué me ha ocurrido?», pensó con verdadero terror. Se palpó el rostro y un poco el cuerpo, incidiendo en las partes que más le dolían, en busca de alguna herida.

–No, no tengo heridas, es este maldito dolor que me cubre casi todo el cuerpo – dijo mirando a su alrededor sin conseguir ver nada–. ¡Y encima esta asquerosa oscuridad!

Como pudo, se levantó tambaleante y, a pesar de su precaución, no pudo evitar darse un golpe en la cabeza con algo de madera.

–¡Maldita sea! –exclamó con rabia mientras intentaba agarrarse a algún sitio.

Una vez estabilizado intentó avanzar hacia lo desconocido. Con las manos por delante a modo de parachoques dio su primer paso. Al no ocurrir nada, se animó y dio otros dos pasos más, pero no contaba con que en el suelo había algo que le hizo dar un traspiés. Con rapidez intentó agarrarse a algo mientras caía. Un ruido estrepitoso se produjo al chocar con una deteriorada alacena que se fue al suelo con lo que tenía dentro.

–¿Pero, será posible? –gritó desesperado desde el suelo.

Durante unos minutos se quedó quieto, un tanto confuso, a la espera de que aquel ruido terminase. Fue en esos instantes cuando su vista, poco a poco, se acostumbró a aquella oscuridad y pudo darse cuenta de que su prisión era en realidad una ruinoso cabaña de pastor.

–Por lo menos no es una prisión de piedra –se dijo aliviado.

Tranquilizado por su descubrimiento se sentó en el suelo e intentó relajarse. La rodilla derecha le seguía doliendo. Era un dolor agudo y penetrante, pero ignoraba la causa.

«Por lo menos no está rota...», pensó un tanto más calmado, tras hacerse una pequeña revisión con las manos. «Tampoco tengo sangre», añadió.

Fuera, la constante lluvia marcaba un monótono sonido, aburrido y continuo. En el interior la luz era escasa. Solo por un agujero en la pared entraba un rayo de luz que apenas alcanzaba sus zapatos. El vapor de agua que salía de su cuerpo se hacía más visible cuando escapando de su piel cruzaba el pequeño haz de luz. Sus ojos recorrieron la estancia sin poder averiguar apenas nada, solo el vaho que su aliento dirigía en todas direcciones. Entonces se dio media vuelta para poder comprobar con más detenimiento qué le rodeaba. Estaba en una especie de cabaña de piedra, como las que usan los

pastores para refugiarse de las tormentas. Las paredes de piedra caliza y el techo de paja le proporcionaban una pequeña protección frente a los elementos, pero no total, ya que el agua, aunque menos que en el exterior, lograba atravesar el techo de paja cayendo sobre él. Estaba examinando lo que podía, cuando se dio cuenta de que estaba empapado. No podía evitar que el frío se le clavara en la piel para introducirse a dentelladas casi hasta los huesos. Con rapidez se levantó y caminó hacia el origen del rayo de luz. Miró por el agujero y, desolado por la visión, bajó la cabeza mientras mascullaba entre dientes una maldición.

–No, no puede ser, esto no puede estar pasándome a mí. ¿Y Almudena? –se repetía una y otra vez.

Volvió a mirar por el orificio y pudo comprobar que la oscuridad se había adueñado del cielo y que el agua seguía martilleando inmisericorde sobre el suelo.

«Ignoro qué hora es, pero aquí no puedo quedarme», pensó con ira.

Desesperado, golpeó lo que parecía la puerta y esta cedió sin mayor resistencia. No se entretuvo a nada más, con rapidez salió de aquella choza. Fuera, el panorama era aún más desalentador, solo rocas y más rocas, era todo lo que podía distinguir hasta donde le alcanzaba la vista. Una cosa le pareció segura, estaba en la ladera de una montaña. «¿Pero de cuál?», pensó con preocupación.

La noche era muy oscura, solo iluminada fugazmente por las eléctricas luces de los rayos cercanos que caían a su alrededor. Deseoso de salir de allí, y a pesar de los peligros, no lo dudó y comenzó a caminar ladera abajo. No tardó mucho en darse cuenta de que su calzado no era el apropiado para aquel terreno, pero él solo tenía una obsesión, escapar. Tropezándose a veces, resbalando otras, avanzó ladera abajo. El agua no dejaba de caer y la oscuridad de la noche no ayudaba a caminar sin tropezar, por lo que eran frecuentes las caídas entre las piedras de gran tamaño que entorpecían su camino. Cuando eso ocurría, un «me cagüen...» bien alto le ayudaba a proseguir. Entre la lluvia y las piedras, el camino se le hizo eterno. Su único pensamiento era llegar a la civilización, fuera la que fuera. A cada mal paso que daba se escuchaban sus gritos desde el otro lado de la montaña, compitiendo con los truenos. Todas aquellas circunstancias solo hicieron una cosa, ralentizar su avance. Nunca supo cuánto anduvo ni qué peligros pudo correr al caminar de noche por aquella montaña, pero poco antes del amanecer divisó una luz a la que se dirigió como la polilla. Un poco antes de llegar a su salvación

dejó de llover. El amanecer estaba a punto de comenzar cuando con las manos ensangrentadas por tantas caídas, al igual que los pies por caminar entre rocas afiladas como cuchillos, y el cuerpo dolorido por tantos y tantos golpes, llamó con fuerza a la puerta de madera, dejando en ella sus huellas sanguinolentas.

Todo había empezado ocho días antes. Aún no habían dado las siete de la mañana cuando abandonaba el calor de su hogar. La cabeza todavía le daba vueltas por lo que había bebido el día anterior, pero necesitaba poner tierra de por medio para intentar ordenar sus pensamientos y, sobre todo, calmar su espíritu. Era la primera vez en los últimos cinco años que había dormido sin la compañía de su amada Almudena; y lo había sentido, tanto es así que a pesar de los vinos de la noche anterior apenas había dormido, por lo que a las seis de la madrugada abandonó la cama solitaria, se tomó un paracetamol y comenzó a prepararse.

«¿Qué me llevo a un sitio como ese?», se repetía a sí mismo, intentando aclarar las ideas delante de una bolsa de viaje.

—¡Maldito sea el alcohol! —refunfuñó a la vez que se pasaba la mano por la frente—. Él, y solo él, es el culpable de todo esto. ¿Quién me ha mandado a mí aceptar esa dichosa apuesta? —murmuró—. ¿Pero, qué pinto yo en un monasterio? —se reprochó a sí mismo en voz alta—. Si lo que tenía que estar haciendo es allanar las cosas con Almudena —añadió— y no pasear en silencio por un claustro mientras escucho el rollo ese de los maitines —acabó diciendo de mala gana.

Mateo, que así se llamaba el joven, no es que fuera especialmente creyente, más bien no lo era. Tenía su propia versión de la religión, en la que la Iglesia no salía muy bien parada, y su concepto de Dios no era el mismo. Le gustaban las matemáticas y el razonamiento o el porqué de las cosas, por lo que su mente era un poco cuadrículada, y aquello de que los creyentes, cuando se veían acorralados por la razón y la lógica, salían siempre con la misma tabla de salvación: lo que no se podía explicar enseguida lo etiquetaban de «dogma de fe», y con ello lo daban por aclarado. Pero eso no iba con él. Había estudiado económicas y ahora dirigía una importante asesoría en la ciudad de Logroño.

—Bueno, el estar un par de días en silencio y ausente del mundo, tampoco me vendrá mal —reconoció tras unos instantes de mal humor—. Necesito un sitio donde estar solo y pensar en mí mismo y en mi futuro con Almudena. Y pensándolo bien, un claustro me puede ayudar. —Tras esas palabras reflexionó un momento—: Mal no me puede hacer —después un silencio breve se dejó sentir en la estancia antes de acabar diciendo con una sonrisa entre los labios—: solo que me aburra con intensidad.

Durante unos momentos dejó de hacer la bolsa de viaje. Clavó sus ojos en el fondo de la misma a la vez que un denso silencio, roto solo por la fuerza de sus palabras, se apoderaba del lugar.

–La quiero con toda mi alma –exclamó con intensidad– y no sabría vivir sin ella –añadió con toda la fuerza de su corazón–. Quizás la sugerencia, con la mediación de la apuesta de esos canallas que tengo por amigos –añadió con cierto retintín–, me venga muy bien –exclamó mientras comenzaba a cerrar la cremallera de su bolsa de viaje.

Ciertamente, no había echado en saco roto aquella situación, surgida en el fragor de la batalla de los vinos, entre los vapores del alcohol de la noche anterior. Y qué mejor sitio que un retiro de fin de semana en la celda de un monasterio. Para ello, el que le habían dicho sus amigos, el monasterio de Valvanera, donde se veneraba a la virgen patrona de la comunidad, no le pareció mal. Oculto entre las laderas cubiertas de hayas, encinas y robles, que formaban un precioso barranco por el que discurría el río Valvanera, era la mejor opción.

Su novia le había dado casi un ultimátum, y el trabajo lo llevaba bastante bien, por lo que, aprovechando que era viernes, había decidido no ir a trabajar. No era la primera vez que recuperaba las horas a la semana siguiente, ya que desde hacía un tiempo, en la empresa tenían establecido un horario flexible. Además, a partir del lunes siguiente había pedido las vacaciones y ya no se podía echar atrás, aprovecharía esos días para reflexionar y hacer sufrir un poco a Almudena.

«No creo que tarde mucho en llamarla, pero hoy no lo voy a hacer» – reflexionó en un intento de convencerse a sí mismo, aunque estaba deseando oír su sensual voz.

Así que lo solucionó con un WhatsApp comunicando a su jefe su ausencia por un tema personal muy urgente. Luego, envió un correo electrónico al monasterio de Valvanera solicitando una reserva para el fin de semana, pero no en la hospedería normal, que también la había, sino que quería pasar un fin de semana conviviendo con los frailes para vivir la vida monástica y austera, tal y como eran las condiciones de la apuesta. En él también les comunicaba su inminente llegada. Así que, tras abandonar su vivienda, se dirigió hacia su coche. Al salir de Logroño tomó la carretera de Nájera a la que llegó en apenas unos veinte minutos. Antes, tomó el desvío a Tricio, para alcanzar enseguida la carretera que tras pasar por Anguiano le llevaría al monasterio de

Valvanera. El día era espléndido y poco hacía presagiar la aventura que estaba a punto de ocurrirle.

Eran las ocho de la mañana cuando dejaba Nájera en dirección a Baños de Río Tobía. Llevaba ya media hora de viaje, y mientras recorría la carretera, la simple observación de la orilla del río Najerilla le tranquilizó un poco. El aroma, los colores y el ruido del agua servían de elemento tranquilizador. Cerca ya de Anguiano, pasado Bobadilla, cambió el tiempo. Con una velocidad inusitada, unos negros nubarrones hicieron su aparición sobre la piedra del Reloj y San Quiles, y no presagiaban nada bueno. Era normal que en esa época del año, debido al pantano de Mansilla y a las altas montañas que lo rodeaban, se formasen tormentas con mucha rapidez. Su llegada no fue muy halagüeña, desde que se desvió de la carretera principal, tras pasar el puente del Roñas para tomar el único acceso al monasterio, el panorama se había puesto mucho peor. Los nubarrones, un tanto más desperdigados sobre Anguiano, se habían juntado tanto, que el color negro era el dominante, y parecían querer ocupar todos el mismo espacio en el cielo, comenzando a chocar entre ellos, y cuyo resultado fueron los primeros rayos que como saetas azuladas caían en los montes de alrededor. Durante el ascenso la tormenta se desencadenó, arrojando agua, casi en torrente, sobre la carretera. El choque del granizo sobre la chapa de su coche le animaba a llegar cuanto antes.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras intentaba ver bien la carretera—. Mal comenzamos.

A dos kilómetros del monasterio, entre la cortina de agua apenas pudo distinguir un monumento en forma de cruz con la talla en piedra de la virgen de Valvanera y dos personajes a cada lado que le saludaron desde la orilla, entre la lluvia.

Por fin unos minutos después, sin dar las nueve, llegó al monasterio. Un gran pórtico de piedra le recibió. Justo a su lado aparcó el coche. Con su pequeña bolsa de viaje sobre la cabeza, para evitar la mayor parte de agua que caía sobre él, cruzó corriendo un bonito arco gótico del siglo XII, seguido de otros siete que formaban los pórticos de una especie de atrio. A la izquierda, hacia el monte Mori, las hayas le llamaban entre la cortina de agua. Casi al final, en el último pórtico gótico, como si estuviera esperándole, un fraile de rostro amable salió a su encuentro.

—Buenos días, don Mateo —le dijo con amabilidad a la vez que le daba la mano.

–Buenos días –respondió un tanto aturdido por aquella amabilidad.

–Soy el padre Ángel. Pero, deme, deme el equipaje –dijo atentamente.

–Déjelo –contestó–, ningún pobre necesita criados –añadió con una sonrisa de agradecimiento.

–Como quiera –dijo mientras hacía un movimiento de hombros como disculpa–
Sígame, por favor.

El fraile volvió sobre sus pasos y giró hacia la derecha pasando delante del último pórtico. Justo a unos cinco metros se introdujo por una puerta sobre la cual un cartel anunciaba: Hospedería. Un amplio *hall* de piedra, adornada de madera, los recibió. Enfrente, un pequeño mostrador hacía las veces de recepción.

–Pase por aquí, pase por aquí, por favor –dijo el padre Ángel señalando el mostrador.

Mateo se acercó, y mientras el fraile se ponía al otro lado, le indicó:

–He enviado un correo electrónico esta mañana...

–Sí, ya lo sé, don Mateo –replicó el fraile sin dejarle acabar la frase–. Aquí está – exclamó mientras miraba la pantalla de un ordenador portátil–. Usted quiere pasar dos noches en una celda haciendo vida monástica, ¿no es así?

–Sí, así es –se limitó a decir Mateo.

Tras hacer las gestiones, el padre Ángel dijo con amabilidad:

–Sígame, por favor.

Mateo cogió su bolsa y comenzó a caminar detrás del padre Ángel. A la izquierda del pequeño mostrador, unas escaleras de madera daban acceso al piso de arriba. Subieron la escalinata que daba paso a un estrecho pasillo sobre un pequeño claustro que recorrieron hasta el final. A su paso, las puertas de carpintería, tipo castellano, de madera maciza, se sucedían una tras otra. Casi al final se giró para ponerse ante una de ellas. Mateo se fijó en los agujeros de las termitas, que en algunos lugares parecían un campo de minas, sobre las molduras que formaban los cuadrados. No tardó en percatarse de que eran antiguas, ya que la madera estaba tratada y barnizada, pero aún tenían las heridas de la guerra contra esos enemigos de la madera. Con una sonrisa en los labios, el fraile abrió la puerta indicando al joven que pasara, como hizo de inmediato, le consumía la curiosidad. Con rapidez echó un vistazo. El interior era austero

pero luminoso y limpio. Iba a dar un primer paso cuando oyó la voz del fraile que le decía con amabilidad:

–Dentro tiene un pequeño cofre donde debe dejar el teléfono, el iPod, la *tablet* o lo que tenga; aquí se viene a meditar, a aislarse del mundo, no a seguir en su vorágine –la sonrisa de sus labios le pareció malévola, parecía alegrarse de que tuviera que dejar sus amuletos modernos. La verdad es que no le hizo gracia.

«Maldita apuesta», renegó en su pensamiento, pero accedió a regañadientes; él mismo había querido ir allí, nadie le había obligado, por lo que asintió.

–Además deberá seguir las costumbres de la vida monástica, que es lo que usted ha elegido, aunque le cueste un pequeño esfuerzo –agregó sin disimular ya la ironía que contenía su sonrisa.

El rostro de aquel monje parecía disfrutar de la situación, ya que parecía indicar que el joven no sabía dónde se había metido.

Mateo no le hizo ni caso, no estaba para sermones, lo que quería era quedarse solo, por lo que se limitó a contestar sin pensar:

–Descuide.

–Por cierto, no sé si habrá desayunado, pero dentro de unos minutos, a la hora tercia, puede desayunar con nosotros.

–No, déjelo... –se apresuró a contestar Mateo–. De todas formas, muchas gracias –añadió.

Mateo cerró la puerta, arrojó la bolsa sobre una silla y, sin pensárselo dos veces, se dejó caer sobre el catre. Quería pensar en Almudena, pero el cansancio y el alcohol de la pasada noche le pasaron factura, y en unos minutos se durmió.

El sonido de una campana en el interior del convento le sacó de su plácido sueño. Desconocedor de los hábitos, no hizo el menor caso y se quedó tumbado en su celda, sin preocuparse de qué hora era. Absorto en sus pensamientos, no tardó mucho en escuchar unos pasos acelerados que se acercaban a su puerta deteniéndose ante ella. Tras un segundo, unos nudillos rompieron el silencio de la celda.

«¿Qué ocurrirá ahora?», pensó de mala gana.

Un tanto desganado se entretuvo en arreglarse un poco, cuando los nudillos volvieron a golpear la puerta y esta vez con más fuerza. Con cierto enfado se dispuso a abrir.

–¿Qué ocurre ahora? –exclamó en voz alta.

Delante de él, un fraile con el dedo índice en los labios le indicó que bajara la voz.

Era otra vez el padre Ángel.

–¿Usted otra vez? –dijo con un tono cansino.

–Sí, yo, otra vez –replicó el padre Ángel.

–Bien, pero ¿qué ocurre? ¿se está quemando el convento? –exclamó en plan de guasa.

–No, señor. Es la hora sexta, que es la hora de la comida, y tiene que acudir al refectorio o se quedará sin comer –respondió el padre Ángel con una cínica sonrisa en los labios.

No, desde luego que no le había caído bien al padre Ángel.

–¿Cómo que es la hora de comer? –preguntó mirando el reloj–. Si apenas son las doce... –farfulló.

–Sí –respondió el fraile intentando mantener la calma–. Es, tras los rezos de la hora sexta, cuando nos acercamos al refectorio, ya que es la hora de nuestra comida.

–¡Maldita sea! –dijo entre dientes, no se había tomado en serio que al entrar allí tendría que seguir las normas del convento.

–Creo que se lo recordé antes, cuando le acompañé a su celda –dijo el padre Ángel sin ocultar el sarcasmo.

–Le sigo –dijo con rapidez, aunque de muy mala gana.

No quería empezar con problemas; y aunque al desayuno no le había dado importancia, el tema de la comida era otro asunto y el no comer ya eran otras palabras. Los pasos apresurados del fraile seguidos por los de Mateo retumbaron en el claustro. Luego el traqueteo de las escaleras hasta que llegaron al refectorio, justo a tiempo de escuchar las últimas palabras del abad: «...*gratias ago tibi, Domine*».

Medio avergonzado, se sentó donde le indicó el fraile. Sintió entonces la imperiosa necesidad de disculparse ante los monjes que le miraban con fijeza.

–Lo siento...